

---

---

## ACTO PRIMERO.

---

### ESCENA PRIMERA.

Sala en casa de Fiesco. Oyese á lo lejos música y el bullicio de un baile.

LEONOR, con máscara.—ROSA y ARABELA acuden desoladas á la escena.

LEONOR. (Quitándose la máscara.)—¡Nada más! ¡Ni una palabra más! Está claro como el día. (Déjase caer en una silla.) Esto me aflige.

ARABELA.—Señora...

LEONOR. (Levantándose.)—¡A mi vista! ¡una coqueta conocida! ¡delante de toda la nobleza de Génova! (Con pena.) ¡Rosa! ¡Bela! ¡ante mis ojos, llenos de lágrimas!

ROSA.—No le deis más importancia de la que tiene... mera galantería...

LEONOR.—¿Galantería?... ¡esas miradas de ambos! ¡ese interés con que espiaba todos sus pasos! ¡ese prolongado beso en su brazo desnudo, que dejó impresa la roja señal de sus labios! ¡Ah! ¡ese éxtasis profundo en que él cayó,

viva personificación del entusiasmo, como si el universo entero desapareciera, y sólo quedasen, en su espacio vacío, él y Julia! ¿Galantería?... Tú, pobre joven, que aun no has amado, ¿me enseñarás lo que es galantería y lo que es amor?

ROSA.—Tanto mejor, señora. Perder un esposo es ganar diez cortejos.

LEONOR.—¿Perder? ¿un leve arranque de sensibilidad, y perder á Fiesco? ¡Véte, ponzoñosa habladora!... ¡jamás te presentes delante de mis ojos!... una broma inocente... quizás una mera galantería. ¿No es así, mi tierna Arabela?

ARABELA.—¡Oh, sí! ¡seguramente es así!

LEONOR. (Absorbida en sus cavilaciones.)—Pero ¿y si ella reinase en su corazón?... ¿y si su nombre interviniese en todos sus pensamientos?... ¿y si lo oyese á cada instante?... ¿qué es esto? ¿á dónde voy á parar? ¿Si el mundo entero, tan lleno de majestad y de belleza, será sólo el soberbio diamante en que su imagen... nada más que su imagen... estará grabada?... ¿y si la amase?... ¿y si amase á Julia? ¡Oh! ¡Dáme tu brazo... sosténme, Arabela! (Pausa; oye otra vez la música; deteniéndose sorprendida.) ¿Oyes? ¿No era la voz de Fiesco, sobreponiéndose á todo? ¿Será capaz de reír, cuando su Leonor llora á solas? ¿Es verdad que no, hija mía? Era la voz vulgar de Gianettino Doria.

ARABELA.—¡Así era, señora! Pero vámonos á otra habitación.

LEONOR.—¡Tú palideces, Arabela! ¡tú mientes!... lo veo en tus ojos... en los rostros de los Genoveses hay algo... hay algo... (Ocultándose la cara.) ¡Oh, no hay duda! estos genoveses saben más de lo que pueden escuchar los oídos de una esposa.

ROSA.—Los celos todo lo aumentan.

LEONOR. (Abandonándose á sus cavilaciones melancólicas.)—Cuando sólo era Fiesco... penetró en una calle de naran-

jos, en donde nos paseábamos las doncellas, como Apolo deslumbrador, con los rasgos bellos y varoniles de Antinoo. Penetró allí soberbio y orgulloso, no de otro modo que si llevase sobre sus hombros juveniles el peso entero de la ilustre Génova. Nuestros ojos lo miraban á hurtadillas, y se apartaban de él, como si cometieran algún sacrilegio, cuando encontraban los suyos dominantes. ¡Ay, Arabela, cuánto codiciábamos sus miradas! ¡cuánta era nuestra envidia, cuando se fijaban en alguna. La manzana de oro de la discordia eran para nosotras; los ojos más tímidos despedían rayos de ira, la tempestad rugía en los pechos más pacíficos, y la rivalidad había roto nuestra unión.

ARABELA.—Lo recuerdo. Tan bella conquista había puesto en conmoción á todas las doncellas de Génova.

LEONOR. (Con entusiasmo.)—¡Y ahora llamarlo mío! ¡Dicha temeraria y horrible! Mío el hombre más distinguido de Génova (Con afabilidad.), el que salió perfecto de las manos de la artista inagotable, el que junta en maravilloso consorcio todas las grandezas de su sexo... ¡Oid, doncellas; no puedo callarlo más tiempo!... ¡Oid, doncellas! deseo confiaros algo (Con misterio.), una idea... cuando estaba con Fiesco ante el altar... su mano apoyada en la mía... tuve un pensamiento, vedado á nuestro sexo... este Fiesco, cuya mano descansa (ahora en la tuya... tu Fiesco... pero ¡silencio! que ningún hombre nos escuche, por grande que sea nuestra impaciencia de que sucumba esa superioridad... tu Fiesco... ¡Ah de vosotras, si este sentimiento no os enardece!... ¡nos libraré... libraré á Génova de tiranos!

ARABELA. (Admirada.)—¿Y ha ocurrido esta idea á una mujer el mismo día de su casamiento?

LEONOR.—¿Te admiras, Bela? ¿Una novia en medio de la alegría de su himeneo? (Con viveza.) Yo soy una mujer...

pero la nobleza de mi sangre no puede sufrir que ese linaje de los Doria intenté sobrepujar al nuestro. Ese Andrés benévolo... es una fortuna que sea hombre bondadoso... aunque fuese siempre Dux de Génova; pero Gianettino es su sobrino... su heredero... y Gianettino es vicioso y soberbio. Génova le tiembla, y Fiesco (Con tristeza.), Fiesco... deplorad mi suerte... ama á su hermana.

ARABELLA.—¡Pobre, desdichada señora!...

LEONOR.—Id ahora, y veréis á ese semidiós de los Genoveses en un círculo vergonzoso de hombres sensuales y de ramerías, regalando sus oídos con bromas indecentes y con cuentos de princesas encantadas... Y ¡ese es Fiesco!... ¡Ay de mí, hijas mías!... ¡no sólo Génova ha perdido su héroe!... ¡no también mi esposo!

ROSA.—Hablad bajo. Alguien viene por la galería.

LEONOR. (Asustada.)—Fiesco viene. ¡Huid, huid! Quizás mi presencia le allija. (Refúgiase en un aposento lateral, seguida de sus doncellas.)

## ESCENA II.

GIANETTINO DORIA, con máscara y una capa verde, y un MORO. Ambos llegan hablando.

GIANETTINO.—¿Me has entendido?

EL MORO.—Sí.

GIANETTINO.—La máscara blanca.

EL MORO.—¡Ya!

GIANETTINO.—Repito... que la máscara blanca.

EL MORO.—¡Sí, sí, sí!

GIANETTINO.—¿Oyes? No dejarás de... (Señalándose al pecho.)

EL MORO.—Descuidad.

GIANETTINO.—¡Una buena puñalada!

EL MORO.—Quedaréis contento.

GIANETTINO. (Con perfidia.)—Que no sufra más el pobre Conde.

EL MORO.—Perdonadme... pero ¿cuánto podrá valer su cabeza?

GIANETTINO.—Cien cequines.

EL MORO. (Soplándose los dedos.)—¡Bah! Ligera es como una pluma.

GIANETTINO.—¿Qué gruñes ahí?

EL MORO.—Digo... que es trabajo ligero.

GIANETTINO.—Eso es cuenta tuya. Ese hombre es un imán. Todos los sediciosos le buscan. Oye, buena pieza ¡que no se te escape!

EL MORO.—Pero, señor... habré de huir en seguida de Venecia.

GIANETTINO.—Toma tu paga adelantada (Tírale un billete de banco.) Ha de perecer en el plazo de tres días. (Vase.)

EL MORO. (Cogiendo el billete del suelo.)—Ésto se llama crédito. Mi palabra sólo, no mi firma, basta á este señor.

(Vase.)

## ESCENA III.

CALCAÑO, y detrás SACCO, con capas negras.

CALCAÑO.—Observo que sigues todos mis pasos.

SACCO.—Y yo, que tú me los ocultas todos. Oye, Calcaño: hace algunas semanas que en tu rostro se dibuja algo sombrío, que no se refiere, de seguro, á la patria... Pensaba yo, hermano, que podríamos confiarnos nuestros secretos mu-

tuos, ya que al cabo ninguno de los dos perdería en el cambio... ¿Quieres ser franco?

CALCAÑO.—Tanto, que si á tus oídos no place descender hasta mi pecho, mi corazón, en mi lengua, te saldrá al encuentro á la mitad de la jornada... Amo á la Condesa Fiesco.

SACCO. (Retrocediendo admirado.)—Nunca, por lo menos, lo hubiese adivinado, ni aun pasando revista á todo lo posible... Tu elección da tortura á mi ingenio; pero lo aniquila, si logras tu deseo.

CALCAÑO.—Se dice que es un modelo de la virtud más rígida.

SACCO.—Mienten. Es un libro entero sobre una materia insípida. Una de dos, Calcaño; renuncia á tu conquista, ó á tu anterior empresa.

CALCAÑO.—El Conde le es infiel. No hay Celestina tan perfecta como los celos. Un ataque á la Doria ha de parar al Conde, y facilitar la entrada en su palacio. Mientras ahuyenta al lobo del redil, la garduña penetrará en su gallinero.

SACCO.—¡Magnífico, hermano! Gracias. Librasme en un momento de avergonzarme. Ahora puedo decirte claro lo que, sólo pensado, me llenaba de rubor. Pordiosero han de llamarme si no se lleva el diablo á la constitución política actual.

CALCAÑO.—¿Tan grandes son tus deudas?

SACCO.—Tan monstruosas, que mi vida, ocho veces prolongada, no llegaría á pagar su décima parte. Un cambio político me vendrá bien. Y si no sirve para que yo pague á mis acreedores, les impide atormentarme.

CALCAÑO.—Comprendo... y, al cabo, si Génova se ve libre por casualidad, Sacco será bautizado padre de la patria. Que me relaten ahora cuentos asendeados sobre la honradez, cuando la bancarrota de un perdido y la lujuria

de un libertino pueden decidir de la felicidad de un Estado. ¡Pardiez, Sacco! Admiro en nosotros dos los inescrutables designios del cielo, que salva el corazón con las llagas de los demás miembros... ¿Sabe Verrina tu proyecto?

SACCO.—Tanto cuanto puede conocerlo un patriota. Génova, como te es notorio, equivale para él á un huso, en torno del cual giran sus pensamientos con férrea constancia. Sus ojos de halcón están fijos ahora en Fiesco. Espera, que tú has andado ya la mitad del camino, para entrar en un plan atrevido.

CALCAÑO.—Tiene excelente olfato. Acompáñame; vamos á buscarlo, y á enardecer, con las nuestras, sus ideas de libertad. (Vanse.)

#### ESCENA IV.

JULIA, sofocada; FIESCO, con una capa blanca, viene persiguiéndola.

JULIA.—¡Lacayos, correos!

FIESCO.—¿A dónde vais, Condesa? ¿Qué intentáis hacer?

JULIA.—Nada, nada absolutamente. (A los criados.) Que traigan mi carruaje.

FIESCO.—Permitid... no debe ser así. ¿Habéis recibido alguna ofensa?

JULIA.—¡Bah!... no hay nada de eso... ¡alejaos! Me habéis destrozado las blondas... ¿Ofensa? ¿Quién hay aquí que pueda ofenderme? Idos, pues.

FIESCO. (Poniendo una rodilla en tierra.)—No, ~~hasta~~ que me digáis el nombre del insolente...

JULIA. (Tranquila, con los brazos cruzados.) ¡Ah, bien, bien! ¡Digno de verse! ¡Lástima que no llame alguien á la Condesa

de Lavaña, para que asista á este encantador espectáculo!... ¿Cómo, Conde? ¿En dónde se queda el esposo? Esa postura sería propia y exclusiva de la alcoba de vuestra esposa, cuando, al hojear el calendario de vuestras caricias, tropezase con una falta en su cómputo. Levantaos, pues. Id en busca de otras damas, que conquistaréis más fácilmente. ¡Así, levantaos! ¿Ó quereis que vuestras galanterías expien las impertinencias de vuestra esposa?

FIESCO. (Levantándose de repente.)—¿Impertinencias? ¿Contra vos?

JULIA.—Ponerse en pie... retirar su silla... volver las espaldas á la mesa... á la mesa, Conde, en que yo estaba sentada.

FIESCO.—Es imperdonable...

JULIA.—¿Nada más?... ¡Y qué gesto! ¿Tengo yo la culpa (Sonr endo.) de que el Conde vea?

FIESCO.—El crimen de vuestra belleza, señora, es que sus ojos no abarquen cuanto quisieran.

JULIA.—Dejad á un lado los cumplimientos, Conde, cuando el honor habla. Yo exijo una satisfacción. ¿Me la dais? ¿ó se halla al abrigo del poder del Duque?

FIESCO.—En los brazos del amor, que os pedirá perdón de los extravíos de los celos.

JULIA.—¿Celos? ¿Celos? ¿Qué desea, pues, esa cabeçilla? (Haciendo monadas delante de un espejo.) Como si ella pudiera esperar mejor confirmación de su gusto, que su conformidad con el mío. (Con orgullo.) ¿Doria y Fiesco?... ¡Como si la Condesa de Lavaña no debiera envanecerse de que la sobrina del Duque envidiara su elección! (Con afabilidad, dando á besar su mano al Conde.) En el supuesto, Conde, de que así fuera.

FIESCO. (Con pasión.)—¡Cruel! ¿atormentarme así? Sé, divina Julia, que sólo debéis inspirarme respeto. Mándame mi razón que, como súbdito, doble mi rodilla ante la sangre

de los Doria, pero mi corazón adora á la bella Julia. Criminal es mi amor, pero tambien heroico, por su osadía en romper la barrera que le opone vuestro rango, y lanzarse volando en el sol devastador de la majestad soberana.

JULIA.—Mentira grande, mentira grande de conde, tambaleándose en los zancos que la sostienen... Vuestra lengua me diviniza, y vuestro corazón late por otra imagen.

FIESCO.—Ó, mejor, señora, que palpita contra su voluntad, y ansía verse libre de ese peso. (Tomando el retrato de Leonor, que lleva colgado de una cinta azul, y entregándolo á Julia.) Poned vuestra imagen en este altar, y destruid ese idolo.

JULIA. (Apoderándose del retrato gozosa.)—Gran sacrificio, por mi honor, que merece mi gratitud. (Cuélgale el suyo.) ¡Así, esclavo! Lleva la librea de tu señor. (Vase.)

FIESCO. (Con faego.)—¡Julia me ama! ¡Julia! No envidio á ningún Dios. (Paseándose alegre.) Sea esta noche el Carnaval de los dioses, y llegue á su colmo la alegría. ¡Hola, hola! (Preséntanse muchos criados.) Que el néctar de Chipre riegue el suelo de mis aposentos, que la música despierte á la media noche de su sueño de plomo, y que millares de arañas encendidas eclipsen al sol del Mediodía... Haya contento general, y que las danzas báquicas, en bullicio ensordecedor, huellen con sus plantas el imperio de la muerte. (Vase apresuradamente. Allegro atronador. Descórrese la cortina del centro, y se descubre un vasto salón iluminado, en donde bailan muchas máscaras. En los dos lados hay mesas de juego y refrescos, ocupadas por los convidados.)

## ESCENA V.

GIANETTINO, casi ebrio; LOMELINO; CIBO; CENTURIONE; VERRINA; SACCO; CALCAÑO, todos con máscara, y varias damas y nobles.

GIANETTINO. (A gritos.)—¡Bravo, Bravo! Estos vinos se deslizan soberbiamente; nuestras bailaricas saltan *à merosille*. Que cualquiera de vosotros divulgue por todo Génova que yo estoy gozoso, para que los ciudadanos se regocijen... ¡Por mi nacimiento! Señalarán este día en el Calendario, y escribirán debajo: «Hoy estuvo alegre el Príncipe Doria.»

LOS CONVIDADOS. (Levantando en alto sus vasos.)—¡A la República! (Suena una fanfarria.)

GIANETTINO. (Tirando un vaso al suelo con ira.)—¡He aquí sus restos! (Tres máscaras negras se acercan á él y lo rodean.)

LOMELINO. (Llevándose al Príncipe al proscenio.)—¿No me hablasteis ha poco, señor, de una mujer, que encontró vuestra Gracia en la iglesia de San Lorenzo?

GIANETTINO.—Sí, hombre, y es menester que yo la conozca.

LOMELINO.—Yo puedo proporcionárosla.

GIANETTINO. (Con viveza.)—¿Puedes? ¿Puedes? Recientemente, Lomelino, pretendiste la dignidad de procurador de la República. Será tuya.

LOMELINO.—Es, poderoso Príncipe, el cargo más importante del Estado, después del Supremo, y lo codician más de sesenta nobles, todos más ricos y más distinguidos que este humilde servidor de V. A.

GIANETTINO. (Interrumpiéndolo bruscamente.)—¡Trueno y Doria! Tú serás procurador. (Las tres máscaras se adelantan.)

¿La nobleza de Génova? Que ponga todos sus antepasados y sus blasones en un platillo de la balanza, y un solo pelo de la barba blanca de mi tío elevará prontamente en el aire á toda la aristocracia genovesa. Yo lo quiero; tú serás procurador, y mi voluntad vale tanto como todos los votos de la Señoría.

LOMELINO. (Bajando la voz.)—La doncella es hija única de cierto Verrina.

GIANETTINO.—Es bonita, y, pese á todos los diablos, será mía.

LOMELINO.—¡Señor! ¡La única hija de un republicano fanático!

GIANETTINO.—¡Vete al infierno con tu republicano! ¡La ira de un vasallo y mi pasión! ¡Como si el faro hubiera de arruinarse, tirándole caracoles los muchachos! (Las tres máscaras negras se acercan inquietas.) ¡Ha recibido acaso sus heridas el Duque Andrés, peleando por estos republicanos, para que su sobrino haya de mendigar el favor de sus hijos é hijas? ¡Trueno y Doria! Renunciarán á ese placer, ó sobre los huesos de mi tío levantaré una horca, en la cual la libertad genovesa bailará hasta que muera. (Las tres máscaras se retiran.)

LOMELINO.—Ahora está sola esa joven. Su padre es una de esas tres máscaras.

GIANETTINO.—A pedir de boca, Lomelino. Llévame allá sin tardanza.

LOMELINO.—Pero buscáis una mujer inmoral, y esa es todo sentimiento.

GIANETTINO.—La fuerza todo lo vence. Guíame allá cuanto antes; quiero ver á ese perro republicano ladrando al oso de Doria. (Fiesco lo encuentra en la puerta.) ¿En dónde está la Condesa?

## ESCENA VI.

Los mismos.—FIESCO.

FIESCO.—La he dejado en su coche. (Cogiendo la mano de Gianettino, y apretándola contra su pecho.) Lazo doble, oh Príncipe, nos une. Gianettino manda en mí y en Génova; en mi corazón reina su encantadora hermana.

LOMELINO.—Fiesco se ha transformado en un epitéureo perfecto. Mucho pierde el gran mundo.

FIESCO.—Pero Fiesco nada pierde en ese gran mundo. Vivir es soñar; ser prudente, Lomelino, es soñar cosas agradables. ¿Es mejor yacer bajo los rayos de una corona en donde las ruedas del gobierno rechinan en los oídos, que en los brazos de una mujer apasionada? Que reine en Génova Gianettino Doria mientras Fiesco ama.

GIANETTINO.—¡Pronto, Lomelino! Es ya media noche. El tiempo pasa. Gracias, Lavaña, por tu reunión. Estoy satisfecho.

FIESCO.—Es cuanto puedo desear, Príncipe.

GIANETTINO.—Buenas noches, pues. Mañana se juega en casa de Doria, y se invita á ella á Fiesco. Vamos, Procurador.

FIESCO.—¡Música, luces!

GIANETTINO.— (Con arrogancia, al pasar junto á las tres máscaras.) ¡Plaza al nombre del Duque!

UNA DE LAS MÁSCARAS.— (Murmurando de mal talante.) ¡En el infierno! ¡En Génova, nunca!

LOS CONVIDADOS.— (En movimiento.) El Príncipe se va. Buenas noches, Lavaña. (Valse con estrépito.)

## ESCENA VII.

Las tres MÁSCARAS negras.—FIESCO. (Silencio.)

FIESCO.—Veo aquí convidados que no participan de la alegría de mi fiesta.

LAS MÁSCARAS.—(Murmurando entre si con pena.) No uno sólo.

FIESCO.—(En tono conciliador.) ¿Será posible que, á pesar de mi buena voluntad, se vaya algún Genovés descontento? ¡Pronto, lacayos! Que el baile recomience, y se llenen de nuevo las copas. No quiero que nadie se aburra en mi casa. ¿He de distraeros con fuegos artificiales? ¿Queréis oír los chistes de mi arlequín? Acaso os solacéis hablando con las señoras. ¿Jugamos al faraón, y engañamos así el tiempo?

UNA MÁSCARA.—Estamos acostumbrados á emplearlo en cosas más serias.

FIESCO.—Respuesta varonil... y de Verrina.

VERRINA. (Quitándose la máscara.)—Más fácilmente encuentra Fiesco un amigo bajo una máscara, que sus amigos á Fiesco bajo la suya.

FIESCO.—No lo entiendo. Pero ¿qué significa ese crespón de luto en tu brazo? ¿Ha muerto algún pariente de Verrina, y nada sabe Fiesco?

VERRINA.—Tristes nuevas no convienen en las alegres fiestas de Fiesco.

FIESCO.—Pero si un amigo lo necesita... (Apretando su mano.) ¡Amigo de mi alma! ¿quién de vosotros dos ha muerto?

VERRINA.—¡Los dos! ¡Oh! ¡Es demasiado cierto!... Pero no todos los hijos lloran á su madre.

FIESCO.—La tuya murió ha largo tiempo.

VERRINA. (Con intención.)—Recuerdo que Fiesco me llamaba hermano, porque yo era hijo de su patria.

FIESCO. (Chanceándose.)—¡Ah! Ya comprendo. Era sólo una broma. ¡Luto por Génova! Verdad es que Génova agoniza. La idea es extraña y nueva. Nuestro primo comienza ya á dar señales de ingenio.

CALCAÑO.—¡Ha hablado formalmente, Fiesco!

FIESCO.—¡Sin duda, sin duda! Es lo mismo. Siempre tan seco y tan llorón. Las gracias pierden todo su mérito, cuando el que las dice se ríe primero de ellas. ¡Y con qué expresión tan verdadera de pena, como si viniese de un entierro! ¿Cómo había yo de creer nunca que el adusto Verrina, en su vejez, había de ser tan jocoso?

SACCO.—Ven, Verrina; nunca será nuestro.

FIESCO.—Pero vámonos de aquí, alegres compatriotas. Seamos, al parecer, como astutos herederos que siguen al féretro llorando, y se rien tanto mejor bajo el pañuelo. Aunque nos espere cruel madrastra. Sea, pues, lo que fuere; dejémoslo gritar, y regocijémosnos.

VERRINA. (Muy excitado.)—¡Cielo y tierra! ¿y no hacer nada? ¡A qué extremo has llegado, Fiesco! ¿Qué se ha hecho del gran enemigo de los tiranos? Recuerdo la época en que la simple vista de una corona te hubiera puesto enfermo... ¡Hijo degenerado de la República! Tú serás la prueba más convincente de que yo no doy un maravedí por mi inmortalidad, si el tiempo rebaja así á los hombres.

FIESCO.—Eres un visionario incorregible. Aunque guarde á Génova en un bolsillo y la malvenda á un corsario de Túnez, ¿qué nos importa? Nosotros beberemos vino de Chipre, y besaremos lindas mujeres.

VERRINA. (Mirándolo seriamente.)—¿Piensas así verdadera y formalmente?

FIESCO.—¿Por qué no, amigo? ¿Es un placer servir de pie á esa bestia pesada y huesosa, llamada República? Demos gracias á quien le presta alas y pone en movimiento sus piernas. Gianettino Doria será Duque. Los negocios políticos no llenarán de canas mi cabeza.

VERRINA.—Fiesco, ¿piensas así verdadera y formalmente?

FIESCO.—Andrés declara á su sobrino hijo y heredero de sus bienes, y es preciso estar loco para arrebatarle su herencia.

VERRINA. (Con visible descontento.)—¡Venid, pues, Genoveses! (Deja rápidamente á Fiesco, seguido de los demás.)

FIESCO.—¡Verrina!... ¡Verrina!... Este republicano es tenaz como el acero.

### ESCENA VIII.

FIESCO.—Una MÁSCARA desconocida,

LA MÁSCARA.—Fiesco, ¿podéis disponer de un momento?

FIESCO. (Con afabilidad.)—¡Aunque sea de una hora!

LA MÁSCARA.—¿Tendréis la bondad de dar conmigo un paseo fuera de la ciudad?

FIESCO.—Son ya las doce de la noche, y cincuenta minutos más.

LA MÁSCARA.—Concededme esa gracia, Conde.

FIESCO.—Mandaré que preparen el coche.

LA MÁSCARA.—No es necesario. He enviado un caballo delante. Basta con esto, porque espero que sólo volverá uno de nosotros dos.

FIESCO. (A tónito.)—¿Y...

LA MÁSCARA.—Se os exigirá una satisfacción sangrienta por ciertas lágrimas.



FIESCO.—¿Qué lágrimas?

LA MÁSCARA.—De una cierta Condesa de Lavaña. Conozco muy bien á esta señora, y quiero saber por qué ha merecido ser sacrificada á una loca.

FIESCO.—Ya os entiendo. ¿Puedo conocer el nombre de tan singular provocador?

LA MÁSCARA.—Es el mismo que adoró un día á la señorita de Cibo, y que hubo de retirarse ante Fiesco, que la pretendió.

FIESCO.—¿Escipión Borgoino?

BORGONINO. (Quitándose la máscara.)—Y el mismo que anhela, por su honor, reparar la afrenta recibida, cediendo á un rival de pensamientos tan ruines, que osa atormentar á la dulzura en persona.

FIESCO. (Abrazándolo con calor.)—¡Noble joven! He de agradecer á los sufrimientos de mi esposa, que me proporcionen conocer á un mancebo de tanto mérito. Comprendo la noble delicadeza de vuestra conducta, pero no me bato.

BORGONINO. (Retrocediendo.)—¿Será el Conde de Lavaña tan cobarde que tema arriesgarse, sirviendo de blanco á los ataques de mi espada?

FIESCO.—¡Borgoino! ¡Contra todo el poder de Francia, no contra vos! Respeto ese noble entusiasmo por un motivo tan honroso; una corona de laurel merece la intención, pero el hecho sería pueril.

BORGONINO.—¿Pueril, Conde? La mujer sólo puede llorar si la ofenden... Pero ¿y el hombre?

FIESCO.—Muy bien dicho, pero yo no me bato.

BORGONINO. (Volviéndole las espaldas, y en ademán de irse.)—Os despreciaré.

FIESCO. (Con animación.)—¡Por Dios, joven! No será así, aunque la virtud haya de perder su valor. (Cogiéndole la mano pensativo.) ¿Habéis sentido hacia mi antes algo que se llame... ¿cómo diré!... que se llame consideración?

BORGONINO.—¿Hubiese yo cedido ante ningún hombre, no mirándolo como al primero de todos?

FIESCO.—¡Bien, amigo mío! á un hombre, á quien yo hubiese estimado antes... no lo despreciaría tan fácilmente. Yo pensaría que la urdimbre tejida por un maestro debía ser tan artística, que no saltara desde luego á los ojos de un aprendiz cualquiera... Retiraos á vuestra casa, Borgoino, y tomaos tiempo para reflexionar cuáles sean las razones que muevan á Fiesco á obrar así, y no de otra manera. (Borgoino se va en silencio.) Anda, noble joven. Si estas llamas ardieran por la patria, los Doria habrían de afirmarse bien.

#### ESCENA IX.

FIESCO.—El MORO entra con recelo, y mira cuidadosamente alrededor.

FIESCO. (Observándolo fijamente.)—¿Qué quieres, y quién eres?

EL MORO. (Como arriba.)—Un esclavo de la República.

FIESCO.—La esclavitud es triste cosa. (Sin quitar de él los ojos.) ¿Qué buscas aquí?

EL MORO.—Aquí soy yo un hombre honrado.

FIESCO.—Procura llevarlo escrito en tu rostro, porque no será superfluo... pero ¿qué buscas?

EL MORO. (Que intenta acercársele, esquivándolo él.)—Señor, no soy ningún bribón.

FIESCO.—Bien está que añadas eso, y... sin embargo, no me agrada. (Con impaciencia.) Pero ¿qué buscas?

EL MORO. (Acercándose á él de nuevo.)—¿Sois, por ventura, el Conde de Lavaña?

FIESCO. (Con orgullo.)—Los ciegos conocen en Génova mis pasos... ¿Qué tienes tú que hacer con el Conde?

EL MORO.—Vivid precavido, Lavaña. (Se acerca más.)

FIESCO. (Retirándose prontamente.)—Así lo hago

EL MORO. (Como arriba.)—Alguien no os quiere bien, Lavaña.

FIESCO. (Retirándose de nuevo.)—Ya lo veo.

EL MORO.—Guardaos de Doria.

FIESCO. (Acercándosele confiado.)—Amigo, ¿habré yo cometido contigo alguna injusticia? En efecto, temo ese nombre.

EL MORO.—Huidle. ¿Podéis leer?

FIESCO.—¿Pregunta importuna! Estás en la casa de un caballero. ¿Traes algo escrito?

EL MORO.—Vuestro nombre entre los de otros pobres pecadores. (Preséntale un billete, y se arrima más á él. Fiesco se coloca delante de un espejo, y observa por encima del papel. El Moro da vueltas á su rededor acechándolo, y al fin saca el puñal é intenta herirlo.)

FIESCO. (Volviéndose con rapidez, y sujetándole el brazo.)—Poco á poco, canalla. (Quitále el puñal.)

EL MORO. (Dando con el pie en el suelo.)—¡Diablo! ¡Perdón! (Intenta escaparse.)

FIESCO. (Que lo sujeta y grita.)—¡Esteban! ¡Drullo! ¡Antonio! (Agarrándolo por el cuello.) ¡Quédate aquí, amigo! ¡Perfidia infernal! (Llegan los criados.) ¡Quédate aquí y responde! Erraste el golpe. ¿A quién habías de pedir su pago?

EL MORO. (Resuelto, después de hacer esfuerzos inútiles.)—Más alto que la horca nunca podrán colgarme.

FIESCO.—¡No! ¡consuélate con eso! No en los cuernos de la luna, pero tan alto, sin embargo, que en la horca parezcas desde abajo un mondadientes. Sin embargo, tu propósito es tan político, que no puedo atribuirlo á obra exclusiva de tu ingenio. Dime, pues, ¿quién te paga?

EL MORO.—Señor, podéis insultarme, llamadme bribón, pero no bruto.

FIESCO.—Tiene orgullo el animal. ¿Bastía, di, ¿quién te ha pagado?

EL MORO. (Reflexionando.)—¡Jum! ¡Así no seré yo sólo el tonto!... ¿quién me ha pagado?... y al fin sólo eran cien cequines miserables... ¿quién me ha pagado?... el Príncipe Gianettino.

FIESCO. (Que se pasea afligido.)—¡Solo cien cequines por la cabeza de Fiesco! (Con ironía.) ¡Averguénzate, príncipe de la casa real de Génova! (Corriendo hácia una cajita.) Aquí, bribón, hay mil, y dí á tu señor... que es un asesino tacafío. (El moro lo mira de pies á cabeza.) ¿En qué piensas, hombre? (El Moro coge el dinero, lo deja, vuelve á tomarlo, y contempla á Fiesco con admiración siempre creciente.) ¿Qué haces, bribón?

EL MORO. (Que, resuelto, deja el dinero en la mesa.)—Señor, yo... no merezco este dinero.

FIESCO.—¡Ratero, estúpido! Lo que has merecido es la horca. El elefante iracundo aplasta los hombres, no los gusanos. Te había ahorcar, si sólo bastara mi palabra.

EL MORO. (Haciendo alegre una cortesía.)—El señor es demasiado bueno.

FIESCO.—¡Dios me guarde de ello! no contigo. Sólo me place, con arreglo á mi capricho, hacer de un bribón como tú lo que desee; y por tanto, véte en paz. Entiende bien lo que pienso. Tu torpeza es para mí celestial garantía de que estoy predestinado para alguna empresa grandiosa, y de aquí mi clemencia y tu libertad.

EL MORO. (Con franqueza.)—¡Dadme la mano, Lavaña! Tanto vale un honor como otro. Si en esta Península hay algún cuello que os estorbe, mandadme, yo lo corto gratis.

FIESCO.—¡Vaya un animal cumplido! Intenta mostrarme su gratitud á costa del cuello de los demás.

EL MORO.—Nosotros no recibimos nada sin haberlo ganado antes. Nuestra corporación tiene también su honra.

FIESCO.—¿La honra de los cortadores de cuello?

EL MORO.—Es más fuerte contra el fuego que la de vosotros los hombres de bien, porque éstos quebrantan sus juramentos hechos á Dios, y nosotros guardamos puntualmente los que hacemos al diablo.

FIESCO.—Eres un bribón con gracia.

EL MORO.—Me regocija agradaros. Ponedme á prueba, y veréis un hombre hábil en el ejercicio de su profesión. Examinadme. Puedo mostraros certificados en regla de todos los gremios de bribones, desde los más altos hasta los más bajos.

FIESCO.—¿Qué oigo! (Sentándose.) ¿Los bribones tienen también sus leyes y jerarquías? ¿Cuál es la inferior?

EL MORO.—¡Quitad allá, señor! Esa es la gentuza de los dedos largos; trabajo miserable, que no produce ninguna persona de importancia, y que termina en el látigo ó el presidio... y todo lo más en la horca.

FIESCO.—¿Perspectiva seductora! Tengo curiosidad de conocer la aristocracia de esta gente.

EL MORO.—Siguen luego los espías y soplones, personajes importantes, á quienes escuchan los grandes, y de los cuales sacan ellos su omnisciencia, muerden las almas como las sanguijuelas, derraman veneno de su corazón y lo vierten en quien corresponde.

FIESCO.—Los conozco... Continúa.

EL MORO.—Llegamos ahora á los sediciosos, envenenadores y otros, que acechan á su víctima largo tiempo, y la atrapan en sus lazos. Por lo común cobardes, pero gente al fin que pagan su deuda al diablo entregándoles su pobre alma. La justicia hace algo más por ellos; les rompe los huesos en la rueda, y planta en estacas sus astutas cabezas. Este es el gremio tercero.

FIESCO.—Pero, dime, ¿cuándo llega el tuyo?

EL MORO.—¡Rayos! señor, ahora mismo. He pasado por todos los peldaños de la escala. Mi genio venció rápidamente todos los obstáculos. Ayer noche di mi golpe maestro en el tercer gremio, y hace poco... mi caída en el cuarto.

FIESCO.—Compuesto de...

EL MORO. (Con viveza.)—De hombres (entusiasmado.) que buscan á su víctima entre cuatro paredes, se abren paso por medio del peligro, se acercan á ella, y con un solo saludo evitan repetir el segundo. Nosotros le llamamos el correo extraordinario para el infierno. Cuando se le antoja á Mefistófeles, hace sólo una señal, y se les sirve el asado caliente.

FIESCO.—Eres un bribón perfecto. Lo echo de menos hace tiempo. Dáme la mano. Quiero tenerte á mi servicio.

EL MORO.—¿Habláis formalmente, ú os burláis?

FIESCO.—Con toda formalidad, y te daré mil cequines al año.

EL MORO.—¡Tocad, Lavaña! Soy vuestro, y que la vida privada se vaya al diablo. Empleadme en lo que os agrade; de perro de muestra, de alano, de zorra, de serpiente, de alcahuete, de mozo del verdugo. Señor, pronto estoy para todo; no, ¡pardiez! para nada bueno, porque para esto soy torpe como plomo.

FIESCO.—¡No tengas cuidado! Cuando quiero regalar un cordero, no lo confío al lobo. Mañana recorre á Génova, é infórmate de la situación del Estado. Averigua lo que dicen del Gobierno y de los Doria, y sondea cómo juzgan los ciudadanos mi vida de placeres y mis amores. Inunda de vino sus cerebros, hasta que rebosen sus más secretos pensamientos. Aquí tienes dinero; gástalo con los mercaderes de seda.

EL MORO. (Mirándolo con reflexión.)—Señor...

FIESCO.—No te apures... No se trata de nada bueno... Véte, que toda tu banda te ayude. Mañana oiré noticias tuyas. (Vase.)

EL MORO. (Siguiéndole.)—Fiaos de mí. Es temprano ahora; las cuatro. Mañana á los ocho oiréis de mis labios noticias suficientes para llenar la curiosidad de dos veces setenta oídos. (Vase.)

### ESCENA X.

Aposento en casa de Verrina.

BERTA, recostada en un sofá, con la cabeza oculta entre las manos.—VERRINA entra con aire sombrío.

BERTA. (Levantándose asustada.) ¡Cielos! ¡Él es!

BERRINA. (Que se detiene, y la mira sorprendido.)—¿Mi hija se asusta de su padre?

BERTA.—¡Huid! ¡Dejadme huir! ¡Me espantáis, padre mío!

VERRINA.—¿A mi única? ¡hija?

BERTA. (Mirándolo con tristeza.)—¡No! Es preciso que tengáis una hija todavía.

VERRINA.—¿Te molesta acaso mi ternura?

BERTA.—¡Me mata, padre mío!

VERRINA.—¿Cómo! ¿Así me recibes, hija mía? Siempre, cuando llegaba antes á mi casa con el corazón oprimido, mi Berta salta saltando á mi encuentro, y su presencia disipaba la montaña que pesaba sobre mi alma. Ven, hija, y abrazame. En tu ardiente corazón ha de recobrar su calor el mío, helado junto al lecho de muerte de la patria ¡Oh, hija mía! Acabáronse hoy para mí todas las alegrías de la naturaleza, y (Muy afligido.) sólo tú me restas.

BERTA. (Apartando de él sus ojos con dolor.)—¡Padre desventurado!

VERRINA. (Abrazándola afligido.)—¡Berta, mi última esperanza!... ¡La libertad ha huido de Génova! Fiesco, ya... (La estrecha con emoción, murmurando.) Tú serás una mujer perdida...

BERTA. (Arrancándose de sus brazos.)—¡Santo Dios! ¿Sabéis acaso?...

VERRINA. (Que se detiene temblando.)—¿Qué?

BERTA.—Mi honor virginal...

VERRINA. (Furioso.)—¿Qué dices?

BERTA.—Esta noche...

VERRINA. (Frenético.)—¿Cómo?

BERTA.—¡Por la violencia! (Cae en el sofá.)

VERRINA. (Después de una pausa larga y horrible, con voz sorda.)—Una palabra tan sólo, hija... ¡la última! (Con voz entrecortada.) ¿Quién?...

BERTA.—¡Ay de mí! ¡No esta pálida cólera! ¡Socorredme, Dios mío! ¡balucea y tiembla!

VERRINA.—¡Nada sabía, sin embargo... hija mía. ¿Quién?

BERTA.—¡Sosegaos! ¡sosegaos, padre mío querido!

VERRINA.—¡Por Dios!... ¿Quién? (Intenta arrodillarse ante ella.)

BERTA.—Una máscara.

VERRINA. (Retrocediendo, como si le asaltara una idea funesta.) ¡No! ¡No puede ser! ¡Dios no me inspira este pensamiento! (Sonriendo horriblemente.) ¡Viejo loco! ¡Como si todo veneno hubiere de salir de un sólo y mismo reptil! (A Berta más sereno.) Su estatura, ¿como la mía, ó más baja?

BERTA.—Más alta.

VERRINA. (Con rapidez.)—Los cabellos ¿negros, crespos?

BERTA.—Negros como el carbón y crespos.

VERRINA. (Separándose de ella vacilante.)—¡Dios! ¡Mi cabeza! ¡mi cabeza!... ¿La voz?...